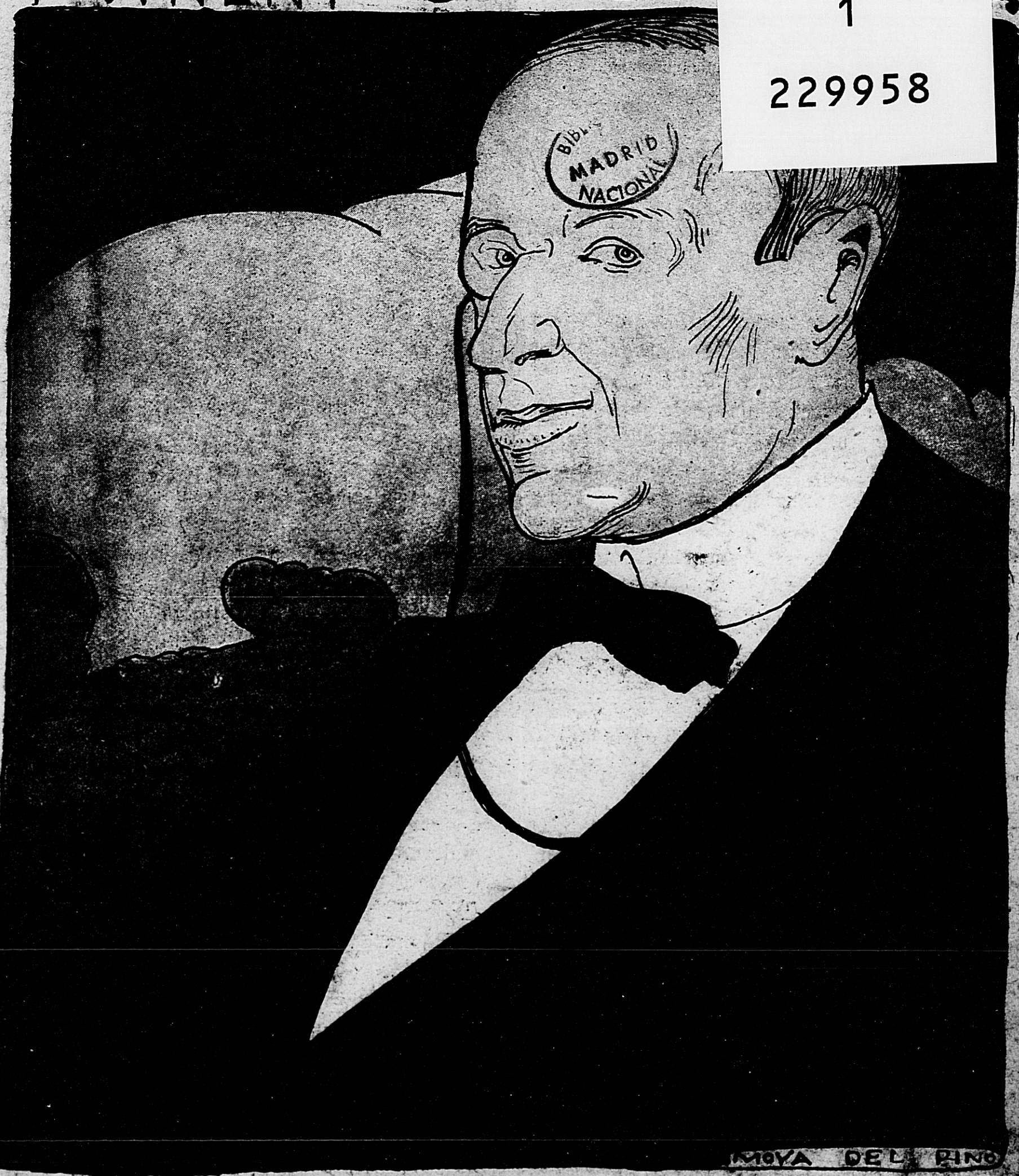
EL CUENTO GALANTE

EL·CAPRICHO·DE·ESTRELLA·

NOVELA POR ANTONIO·DE·HOYOS
Y·VINENT

1
229958



10 CENTIMOS

AÑO I — 24 de Abril de 1913. — NÚM. 3

1
229958

GALANTE
S JUEVES
to, 24.-MADRID
DIRECTOR LITERARIO: EMILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Madrid y provincias: Trimestre, 1,25
:::: pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5 ::::
Anuncios á precios convencionales.
NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

Francisco Villaespesa

En el número próximo publicaremos una narración de amor de Francisco Villaespesa, titulada *Era él*, admirablemente ilustrada, á dos tintas, por el originalísimo artista Moya del Pino.

Francisco Villaespesa es el primer poeta español contemporáneo con D'Annunzio y Eugenio de Castro, el portugués; Villaespesa forma la trilogía gloriosa de la raza latina. Su leyenda en verso *El alcázar de las perlas* ha impuesto su nombre á la admiración de los vulgos. Los artistas le admiraban hacía mucho tiempo por *El alto de los bohemios* y *Las canciones del camino. La hermana* y *La rueca*, son dos joyas de encantadora poesía que bastan para que el nombre del poeta no se borre nunca de la memoria y, lo que vale más aún, del corazón.

ERA ÉL es una de las obras maestras de este gran artista. Es un poema ingenuo y exquisito, rimado honda y armoniosamente, con música en la frase y armonía interior. La fábula es dulce, ardiente y conmovedora. *Era él* es el mismo caballero Amor, que pasa por la vida de una mujer, la enciende los labios con un beso, y huye. Tiene este poema, junto á una romántica exquisitez, una honda sensualidad oriental aromada y poética como una prosa del *Cantar de los cantares*.

Nuestro número próximo ofrece un gran interés literario, y seguramente obtendrá un gran éxito entre las personas de buen gusto. Si acáso á algún lector no le agradase, lo sentiremos por él; ello dependera de su sensibilidad poco fina y de su inteligencia poco cultivada.

Seguirá un cuento de Emilio Carrére, violenta página de realidad arrancada de la vida amarga de las casas de placer. Eduardo Zamacois, Fernando Mora, Antonio Zozaya, Unamuno, González Blanco y Francés, honrarán nuestras páginas en los números sucesivos.

Contamos, para publicarla en breve, con una interesante novela de amor, autobiográfica de Ricardo Torres *Bombita*, que de fijo despertará una gran ansiedad en el público.

Todas estas novelas se venderán á diez céntimos.

R. 3335341

47/1705859

EL CAPRICHO DE ESTRELLA

Capítulo primero.

En que por un momento nos creemos aún en los tiempos del buen don Francisco de Goya.

—¡Pero había de ser algo fantástico! No una de tantas aventuras anodinas en que todo el mundo la conoce á una á la legua, en que no se sale del círculo en que se gira habitualmente y en que, cuando se está más convencida de que no la reconoce nadie, el criado, el cochero ó el ordenanza se inclina y le dice á una ceremoniosamente: «la señora duquesa mande...» ¡No, no y no! Para eso es mejor estarse en casita. Yo quisiera, quisiera... ¡pasar por una perdida!



Julito Calabres murmuró algo que no se oyó bien y que pudo ser un «¡no es difícil!» irónico, y Pepita Castaños palmoteó como una loca.

—¡Eso es! ¡Lo que nos reiremos!

Contenta del éxito, Estrella, prosiguió su plan:

—Nada de engañarnos á nosotros mismos haciendo que nos divertimos. Divertirnos de veras. Dejarse de la gran dama que corre aventuras, y basta de hacer la *cocotte* de rumbo; una mujer de la calle.

—De peseta—rió burlón Calabres. Y como Estrella, escandalizada por la crudeza de la frase, frunciera el delicioso hociquito, su interlocutor búrlase donosamente de ella—. ¿Escrúpulos de Micifuz? ¿No habíamos quedado?...

—Eso luego, en la calle. Al salir nos dejaremos la vergüenza en la puerta...

—¡No se la llevará nadie!—aseguró Pepita llena de profunda certeza, y añadió convencida—: ¡Para lo que sirve!

—¡Puede que ni la vean! Como abultará poco...—murmuró con aire de arraigado convencimiento Julito Calabres.

Estrella, sintiendo sublevado su pudor por aquella afirmación gratuita, le dió un abanicazo; luego instalose confortablemente en la «bergere» junto al fuego que, pese á hallarse á fines de Marzo, ardía en la chimenea, y por un momento pareció ensimismada en sus pensamientos, siguiendo con distraídos ojos las espirales de humo que formaba su cigarro. Hacía poco que habían acabado de almorzar y distraían el aburrimiento de la tarde, fría y tristona, planeando una atrocidad que rompiese la monotonía aplastante de sus vidas. Tratábase de hacer una escapada á la Cara de Dios, la popular romería, que se celebraba aquella noche, y todos rivalizaban en proponer atrocidades.

El saloncito tenía una gracia frívola y atrabiliaria que decía de la independencia un poco feroz y también un poco afectada de su dueña. El fondo era el habitual en todos los *boudoires* de la mujer elegante, un fondo Luis XVI blanco y oro, con cuadros de brocado rosa, sobre los que se destacaban retratos del siglo XVIII, miniaturas y viejos abanicos de historiados paisajes y filigranados varillajes de marfil. Pero sobre aquel *chic* calcado en el figurín del día, como si dijéramos, aguas fuertes de Boecklin, copias de Goya; gentiles Tanagras que se erguían en pasos de danza de una

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

gracia insólita; inquietantes retratos del Renacimiento, trípticos florentinos, extraños ídolos indios, amuletos egipcios y chinescos marfiles, decían de la inquietud de inadaptación de aquel camaleóntico espíritu de mujer. En un ángulo del cuarto, sobre una admirable columna corintia de mármol, que mancillaba un trofeo taurino formado por un estoque y unas banderillas, que encajaban allí como á un Santo Cristo un par de pistolas, aparecía semienvuelto en los pliegues de un capote de paseo azul y oro, el busto de Estrella Monsalvan, duquesa de Tárboles. Sobre la cabeza que el escultor ladeara con un gesto de suprema gracia, había colocado la dama, en momentos de broma, una montera de matador, completando así aquella extraña evocación taurina. Pero lo que sobre todo causaba un efecto extraño en tal habitación era una calavera que, como un *bibelot* más, plantó Estrella un día de crisis ascética sobre su mesa de escribir.

En la escenografía estrafalaria sentaban á maravilla las figuras convencionales, ultramodernas de las dos damas. Rubia, menuda, frágil, con una fragilidad elegante de muñeca de lujo, tenía Estrella unos ojos azules, á la vez ingenuos y burlones, nariz respingada, que le daba á la fisonomía una deliciosa impertinencia de mujer bonita, y boca breve y golosa, harto tentada á la risa, hecha para recitar madrigales y epigramas libertinos. Morena, con ojos de pilluelo desvergonzado y boca sensual de finos labios; menuda también, pero llenita de carne, con curvas prometedoras que subrayaban los ademanes procaces, era Pepita más mujer y menos muñeca, muy de carne y hueso (más carne que hueso).

El fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea; sobre los paños de brocado que cubrían las mesas humeaba el café en las tazas de Sevres, y en las copas de Bohemia los licores temblaban con verdes irisaciones de esmeralda, amarillos fulgores de topacio y rojas llamaradas de rubí, y la Tárboles, sintiendo la necesidad de romper el silencio para no dejarse ganar por la atroz tristeza del atardecer, filosofó en voz alta:

—¡Qué aburrida es la vida! Las cosas no son agradables más que cuando son inaccesibles; en cuanto podemos acercarnos á ellas, ¡adiós, encanto!

—¡Horrible!—suspiró Pepita como un eco, aunque en el fondo estaba muy lejos de pensarlo.

Ninguna de las dos era feliz. En sus existencias de muñecas había demasiada literatura, y sabido es que la literatura es una cosa muy malsana que tortura nuestros espíritus con inaplacables anhelos. Estrella deseaba *algo*, una cosa indefinible... lo imprevisto. Y he aquí que se encontraba con que lo imprevisto es sólo para los pobres de espíritu, para los pusilánimes, para los ignorantes. Los que miran la existencia cara á cara han borrado lo imprevisto. El mundo es muy pequeño. Cuando aprendemos la fácil ciencia del bien y del mal, no tiene ya secretos. Ella había aprendido la atroz monotonía del vivir para las *personas bien*. Las pasiones turbulentas, las grandes explosiones de deseo, celos ú odio, las violencias, las cachetinas y las puñaladas eran patrimonio de la canalla. En las personas decentes el amor, como todo, tenía que pasar rozando la epidermis. Sonreir, sonreir, banal, indiferente, desdeñosamente, era el deber de las gentes *come il faut*. Los amantes (¡claro que habría tenido amantes!) no habían sabido dar la nota sensacional. Ni Pepe, ni Miguel, ni Julián, ni Fernando, ni Rodolfo, ni Eduardo, ni Rafael, ni Mariano habíanle enseñado nada de nuevo. Románticos ó procaces, tímidos ó atrevidos; ya la hicieran la corte por todo lo fino ó ya abusaran de ella tras un macizo de palmeras en la «serre»; púdicos hasta apagar la luz, ó libertinos hasta el punto de recitar los treinta y seis sonetos del Aretino, todos ellos no habían sido sino ediciones (no siempre aumentadas) de Ricardo, su marido. Estaba por confesar que aquél fué el mejor. A lo menos con él tuvo las zozobras de la ansiedad varios meses, y luego el escalofrío de lo desconocido. ¡Ah! ¡Los amantes! ¡La verdad es que si no fuera pecado, no valdría la pena de tenerlos! Vulgares, estúpidos, egoístas... Ella hubiese querido una pasión, una verdadera pasión, *de las que dan miedo*, que cortase el aburrimiento inacabable de sus horas de mujer de mundo.

Las razones de la inquietud espiritual de Pepita eran muy otras. Ella no había tenido más que un amante (¡verdad que sólo hacía cuatro meses que se había casado!), y aquél, en tales circunstancias... Ella misma no se daba cuenta exacta de cómo fué. Volvía de visitar un asilo; su coche, que no había llegado á tiempo, obligándola á volver á pie, la lluvia que caía á cántaros, un hombre que la ofrece primero un paraguas y luego un coche, y allí... ¡ni se explicaba lo que sucedió! Indudablemente, *al cuarto de hora*, pues cuando quiso acordarse *aquello* se había realizado, y Pepita, avergonzada, con ganas de llorar, descendía del simón en la calle Carretas, y casi corriendo encaminose á su casa. Entonces notó que la faltaba una sortija, una lanzadera de brillantes. ¿La había perdido? ¿Se la habría robado el desconocido? Indudablemente era esto último. Y, sin embargo, cosa rara, no le guardaba ni odio, ni rencor, y ni siquiera maldecía de su aventura, sino que por el contrario, sin atreverse á confesárselo ni aun á sí misma, tenía un deseo loco de volverle á encontrar.

Julito explicó su plan:

—Os venís á mi *garçoniere* y allí os vestís de chulas y luego nos vamos por ahí á correrla, y de madrugada á la Cara de Dios.

Pepita propuso:

—Podríamos ir de mantón de Manila.

Pero la Tárboles protestó con vehemencia.

¡No, no! ¡Eso es justamente lo que no quiero! Cuanto más sencillas mejor. Mujeres de *postín*, pero nada más.

A Manolo Rosal se le ocurrió una atrocidad muy gorda, pero mordiéndose la lengua se contuvo, limitándose á murmurar:

—Y que vais á estar, pero que de *chipén*.

Julito, precavido, interrogó á Estrella:

— ¿Y tu marido?

— Hasta mañana á la una no vuelve de la cacería.

Pepita, sin que nadie se lo preguntase, explicó á su vez:

— El mío en...

— Babia—acabó Calabres, burlón.

Ella le dió un pellizco.

—¡No seas malo! En Burdeos, para negocios.

—Pues entonces—afirmó él—todo va al pelo. Comemos aquí, nos largaremos luego muy serios como si nos fuésemos á una tertulia, y en casa os disfrazáis, que no os conoce nadie...

—Yo precisamente lo que quiero es eso, que no nos conozcan—aseguró Estrella.

— Pues como no sea una bruja—tranquilizola Julito Calabres.

En aquel momento un criado anunció:

—¡La señora marquesa de Cañete!

La Tárboles llevose las manos á la cabeza.

—¡Qué horror! Tía Prudencia...

Pepita dejose caer con aire de profundo anonadamiento en una butaca, y como si acabase de desplomársele un peso encima gimió:

—¡Ay!

Julito inició la desbandada.

—¡Sálvese el que pueda!

Abrióse la puerta y apareció una vieja redicha y estrafalaria, cubierta de pieles y empenachada de plumas.

La dueña de la casa se precipitó á su encuentro.

—¡Qué gusto, tía Prudencia! ¡Qué sorpresa!

Y Calabres, galante:

—¡Justamente hablábamos de usted!

Capítulo II

En que se establece un curioso cotejo con la batalla de las Termópilas.

Al salir de casa de la Cristeta reuniéronse con sus amigos. Iban encantadas. Lo pintoresco del *salón de peinar señoras*, la variedad y exquisitez de la alquimia, el arte peregrino de la dueña, sus manos *de ángel* para construir el artístico edificio capilar lleno de imprevistos juegos de rizos y de relumbrantes peinetas, el movimiento del establecimiento, lo heterogéneo (sin dejar de ser escogido) de la parroquia, las cultas razones, los graciosos dicharachos y la vivacidad un poco desgarrada que ponían en su departir aquellas damas, todo interesoles sobremanera. Pero lo que sobre todo les encantó fué su éxito. Cosa rara, donde por ser todas hembras y hallarse aún en la edad de las batallas amorosas, debía la Discordia haber arrojado su manzana y reinar la envidia, los celos y una absoluta incompatibilidad de opiniones, en este caso coincidieron todas en loar la belleza, distinción y arrogancia de las nuevas parroquianas, vaticinándolas triunfos sin cuento en el nuevo camino de perfección que habían emprendido. Mujeres de tantos méritos, eran dignas por todos conceptos de puesto preeminente en la cofradía de Nuestra Señora de la Noche. En fin, un *succes* loco.

— ¡Y merecido!—aseguróles, lleno de amabilidad, Manolo Rosal.

— Como que estáis *que guapismas*. Vais á desempedrar las calles. Lo que es esta noche dais golpe. ¡Dos chulas hasta allí!

Era cierto. Con sus faldas negras cortas y ceñidas, sus zapatos de charol de alto tacón y sus mantones *alfombraos*, tenían una gracia netamente chulesca, muy madrileña y muy castiza. Y si el pelo rubio y los ojos de Estrella, no eran sino contraste puesto por la Naturaleza pródiga al donaire burlón de los labios y á la audacia de la naricilla respingada, la sal pícara de la boca roja y los ojazos negros de la Castaños, no le iban en zaga en desgaire.

Pero hacía fresco; en un reloj cercano sonaron las dos y no era cosa de pasarse la noche de planton allí. Detuvo Julito un coche, y una vez empaquetados en él y mientras rodaban por las calles dando tumbos, expuso el orden del festejo. Lo primero iban á cenar (tripa llena alaba á Dios!) Claro que en semejante perjeño no habían de descol-

garse por el *Ideal Room* ó por el *Palace* (cosa que, además, no tendría nada de pintoresco), sino que irían á un colmado, Amaniel-Club, que además estaría animadísimo por su proximidad al lugar de la romería. Como allí habría juerga, pasaríanse las horas en un periquete y, acabado el condumio, entonces sería la de ir á lucir las hechuras á la Cara de Dios.

No vieron, en verdad, defraudadas sus esperanzas. Aunque todavía era temprano, ya había en la taberna regular concurrencia. En primer lugar, Serafín, *el de la Encarna*, con sus dos acólitos, que habían dejado el piano fuera para entrar á echar unas copas; luego unas cuantas señoritas que, tras hacer saldo de sus encantos, habían entrado á descansar de las fatigas de su honrosa profesión y, por último, algunos artesanos y pollos achulados.



Cruzaron Estrella y los suyos la tienda entre cierta justificada expectación, y penetraron en la parte reservada. Allí también había gente Una pandilla compuesta por don Fulgencio, distinguido aficionado á toros; el *Serenito*, un maleta más valiente en las broncas callejeras que en la Plaza, y *Ceporro*, especie de Curro Meloja, algo patizambo, amén de bizco y corcovado, que tocaba la guitarra del revés, bailaba el cakewalk, pero que, sobre todo, poseía un tal prestigio de hombre gracioso, que lo mismo era abrir la boca y mostrar el desvencijado teclado de la dentadura verdosa, que romper los otros á reir. Con ellos estaban la *Pelusa* y la *Risitas*, acompañada esta última de su sobrina, una chiquilla gitana con dos ojos de puñalada.

La *Pelusa* era una taifa vulgar, sin otro encanto que el de su desgarro, sin otro porvenir que el hospital, como coronamiento de una vida de honrado trabajo. En cuanto á la *Risitas*, como su mismo apodo lo indicaba, no hacía sino reir. Clasificándola con gran acierto, habríala calificado el *Ceporro* como *una mata de habas*. Era tonta, más aún, pánfila, con una estupidez que se desbordaba en su cara de luna llena, de facciones borrosas y ojos pequeños y turbios, en la linfa de sus carnes blanduchas y temblequeantes y en su pachorra de bestia satisfecha.

Pronto entablaron conversación. Unos chatos ofrecidos por don Fulgencio á los recién llegados fué el vehículo de su amistad, y un cuarto de hora después eran antiguos amigos.

Don Fulgencio era un animal; no hablaba sino de mujeres y toros, y de ello con una grosería realmente inaudita, mezclando á cada paso interjecciones contundentes y juramentos altamente pintorescos. Bebía como una esponja y sentíase acometido de súbitas crisis de ternura animal por las gentes que le rodeaban. En estos accesos, unas veces dábale por despedirse de sus amigos con frases patéticas llenas de emoción, en que hablaba de su muerte próxima, de la melancolía con que abandonaba tantos seres queridos, etc., etc., y otras dedicábase á aburrir á los demás con una pesadez abrumadora y una mala intención de que parecía incapaz.

En aquel instante empeñábase en emborrachar á la *Pelusa*, y para ello quería obligarle á tragar chatos y chatos de montilla. La mujer forcejeaba, resistiéndose, y el vino se derramaba manchándoles el traje. Ella, al principio, parecía tomarlo á broma, haciendo de tripas corazón; pero comenzaba á cansarse y chillaba como si la desollasen, sin perjuicio de rumiar entre dientes en los momentos de respiro: «Miren el tío patoso» «Ay madre, qué tío más pelmazo!» Y otros no menos cultos y escogidos apóstrofes.

A todo esto, la *Risitas*, justificando su su apodo, no hacía sino reir.

Julito quiso cambiar el sesgo de las cosas y para ello encarose con la chiquilla:

—¿Usted baila?

—¿Que si baila?—intervino la tía (nunca el parentesco cúpole á nadie mejor)—; ¡como la *mismisma* Imperio!

—Es que la *chavala* vale un imperio—comentó á modo de chiste el *Ceporro*.

Rieron todos. La trotacalles encaróse con la chiquilla:

—Anda, Lolilla, cántate algo.

No se hizo de rogar la niña, y tratando de imitar á su modelo, comenzó:

¡Tengo una pena, pena,
en las entrañas *metía*;
tengo una pena, pena,
que me va á quitar la *vía!*

Cantaba con voz fresca en que faltaba la estela de amargura que deja un gran dolor. Sólo en los ojos había como un presentimiento de la infinita tristeza del vivir.

Sonaron aplausos. La rubia hetaira, deseosa de acrecentar el triunfo, ordenó á su sobrina:

—Baila.

El jorobado punteó un tango y la pueril *bailaora* arrancóse. Danzaba la nena de un modo ferviente, apasionado y trágico. Cada gesto parecía subrayado por un dolor que inútilmente trataba de ocultar; en cada ademán creeríase ver brillar el libor azul de una navaja, y las pupilas de pecado mortal tenían la salvaje crueldad de los celos.

Aquel fué el momento elegido para hacer su entrada por otra pareja. ¡Y qué pareja!

Grande, gorda, de frondoso bigote, con el pelo ferozmente teñido de negro, la cara juanetuda y roja, la nariz chata y los ojos de susto, bajo el bosque (no es hipérbole) de las cejas pobladísimas, era la hembra un sargentón vestido de máscara. Eso sí, un pañuelo de Manila, espléndido, todo bordado de chinos, la envolvía; gruesas orlas de brillantes lucían en sus orejas; sus dedos amorcillados de cocinera ostentaban soberbios anillos, y entre postizos y pringues, las peinetas de *piedras finas* ponían su chisporroteo. En cuanto al galán, era un chulo con facha de *cañí* trasnochado, andares pintureros, tufos, cordobés, garrote y chaqueta de pana café.

Penetró ella allí con gran contoneo de caderas, muy pagada de sí misma, haciendo dengues y aspavientos, y tras sentarse después de no pocas fililíes y pedir una botella de *Agustín Blázquez*, comenzó á criticarlo todo y á encontrarlo todo mal.

—¡Jesús! ¡*Cuantisma* gente! ¡Y qué sucio está *tóo*! ¡Mira, mira esta mesa! ¡Si da grima!

Y como el gitano, muy ocupado en sacarse lústre á una bota con la servilleta, no la hiciese caso, suspiró con voz de flautín:

— Pacorrito, hijo!

Todos los miraban y luego mirábanse entre sí, entre irónicos y consternados.

El *tocaor* hacía chistes en voz baja y les guiñaba los ojos picarescamente.

Entonces sonó la risa de la prójima. Era una risa contenida que subía y bajaba como el surtidor de una fuente descompuesta, mientras su dueña, roja, apoplégica, se ahogaba, tratando inútilmente de contenerla. Por un instante cesó. Habían callado todos y la miraban extrañados. Pero de improviso volvió á oirse; primero fué un trémolo apagado, luego un gorgeo, después

una tempestad de carcajadas histéricas que le hacían retorcerse en inacabables espasmos como presa de un ataque de locura. Los demás, contagiados por aquel histérico reir, reían también, incapaces de resistir más tiempo.

La del mantón lanzábales miradas furibundas, capaces de pulverizar á cualquiera. Al fin, exasperada por aquel insultante reir, encarose con su amigo:

—¡Ay! ¡Me parece á mí que por aquí se ha perdido la educación!

El chulo fanfarroneó:

—Pues con la estaca la encuentro yo *deseguida*.

Incapaz de prudencia, el *Serenito* se dió por aludido.

—Con el garrote lo que se encuentra aquí es una puntera en salve sea la parte.

La gorda intervino:

—¿Y no podía *uté* dársele á la señora, á ver si se le calmaba el hipo?

La *Pelusa* saltó agresiva:

—Oiga usted, *so* tía barbuda, ¿no podía usted *dir* á ver si le afeitaban el bigote y volver luego?

Furiosa la aludida púsose en pie:

—Antes le voy á poner un ojo como un huevo al plato.

—¡Tenga usted *cuidao*, que me hace cosquillas el bigote!

La gorda dió un paso; pero el chulo, con gran molineo de brazos y gestos exagerados de tragedia, la contuvo:

—Déjala, Zoraida, que antes me voy á entender yo con el señor.

La *Pelusa* hizo como que llamaba á la gata.

– ¡Toma, Zoraida, toma! ¡Psch! ¡Psch! ¡Miau! ¡Miau!

Pacorrito acercóse lentamente á la mesa é interpeló al torerillo:

—¿Tiene usted algo que decir de la señora?

Sintiendo los ojos de Estrella fijos en él, *Serenito* se creció:

—Yo, *na*... Por mí que la pongan en el Museo de Historia Natural.

—¡Al que le voy á poner la cara lo mismo que un *marpa mundi* va á *se* á *uté*!

El maleta había empuñado una banqueta é intentaba dar en la cabeza al otro, que se defendía con una botella. Intervinieron todos tratando de separarles. Las mujeres chillaban como si les degollasen; el tabernero intentaba inútilmente poner paz. Rodaron las mesas, arrastrando en la caída vasos, platos y botellas que se rompieron con estrépito; las gentes que ocupaban la tienda se asomaron á la puerta aumentando la confusión; unos predicaban la paz, otros azuzaban á los contendientes; algunos reían ó hacían chistes. Por un momento lograron separarlos; pero el gitano, haciendo un movimiento rápido, sacó una faca y *tiró un viaje* á su enemigo. *Serenito* púsose densamente pálido, retrocedió un paso y cayó de espaldas. Entonces hubo un movimiento de pánico. Una voz anunció:

– ¡Los guardias!

El amo, aterrado de que hubiese un crimen en su casa, apagó la luz. Luego, abriendo una puerta en la trastienda, susurró:

—¡Por aquí! ¡por aquí!

Precipitáronse todos en ciega avalancha y Estrella y Pepita, empujadas, zarandeadas, estrujadas, encontrarónse en un largo pasillo á oscuras, y corrieron como todos. Al fin viéronse en la calle y como los demás se dispersaban, hiciéronlo también.

.....

—¡Pues nos hemos lucido—y Pepita miraba á su amiga consternada.

– ¡Bah! ¡Ya parecerán!

Estaban paradas en la calle Ancha de San Bernardo junto á las vallas del destruido Coliseo del Noviciado. Habían corrido presas de ciega pavura, dando vueltas por la laberíntica real de callejuelas de aquellos barrios y sin saber cómo habían ido á parar allí.

La Castaños insinuó tímidamente:

—Puede que fuese mejor tomar un coche é irnos á casa.

Estrella fulminó contra ella una mirada feroz:

—¿A casa? ¡Jamás!

– ¿Y qué vamos á hacer?

—Lo mejor será buscar la taberna donde estábamos, que de seguro ellos andarán locos por allí buscándonos á nosotras y nos los toparemos.

Echaron á andar por la calle del Conde Duque. Cada vez había más gente. Tropezaban con grupos de juerguistas que les decían chicoleos; mujeres de todas castas y pelajes desfilaban con sus galanes; pero de Julito y Manolo, ni rastro. ¿Dónde estaría la dichosa taberna? Veíanse muchas abiertas y atestadas de gente, pero ellas no conocían aquellos barrios y no sabían orientarse.

Acabaron por pararse desconcertadas. Dos chulos que pasaban de prisa, al ver á las hembras, parecieron celebrar conciliábulo y se detuvieron también. El que llevaba la voz cantante, un hombre alto y delgado con tipo de berebere, encaróse con ellas mientras el otro, más insignificante, bajo, descolorido y recio, permanecía á dos pasos de distancia:

—¿Dónde van *ustés* tan solitas, palomas?

A Pepita escapósele un chillido de miedo, pero Estrella, más dueña de sí explicó:

—Estábamos con unos amigos y no hemos perdido.

—¿Perdido?—protestó el chulo galante.—¡Imposible! ¡Con cuatro faros de automóvil por ojos no se pierde una *gachí* nunca!

—Usted *desagera!*—rió provocadora la Tárboles.

—¡Por éstas que son cruces!—y el galán besaba sus dedos cruzados.—*Ustés* lo que van á hacer es venirse con nosotros.

El silencioso insinuó:

—Que te espera la Filo.

—¡Que se *asiente* pa no cansarse!—Y tornando otra vez á su coba:—Vamos, joven, no deprecie usté. Yo siempre tengo un duro *pa* gastármelo con una mujer de circunstancias.

Iba Pepita á protestar, pero su amiga, decidida á correrla, aceptó:

—Vamos allá... Además, puede que nos topemos con los otros.

Echaron á andar. Ante una tienda de vinos los galanes se pararon.

—Lo primero, vamos á refrescar.

La Castaños intentó un último esfuerzo, pero Estrella la largó un pellizco:

—¡Calla!

Y los cuatro entraron en la tasca.

Capíulo III

En que se habla de las luchas de las amazonas, con otras cosas no menos dignas de contarse.

Cuando la Nati, de pie ante el espejo de cuerpo entero del armario, después de la marcha de *su* don Nicanor daba la última mano al tocado y prendía el último alfiler en el mantón filipino, entró la Gabriela, especie de trotaconventos con sus puntos y ribetes de cortesana en decadencia, no bastante joven para gustar, ni lo suficientemente vieja para haber renunciado á ello ya, y espetole la noticia á boca de jarro:

—Hija, acabo de ver á tu Rafael con unas prójimas.

La Nati se voló. ¡Si iba á haber una *trigedia* el mejor día! ¡Si ella, sin reparar, iba á liarse la manta á la cabeza y á armar la de San Quintín! ¡Charrán! ¡más que charrán! ¡golfo! ¡Comido de piojos le había encontrado y cuanto era y valía, á ella debíaselo! ¿Pues quién sino ella pagaba los trajes de diez y ocho duros, y las botas de cinco, y los pañuelos de seda y los calcetines *calaos?* ¿Quién sino la hija de su madre miraba porque nada le faltase al muy golfo? ¿Quién sino ella, la Nati, la querida de don Nicanor, el magistrado, poniale dos duros en el bolsillo para que pudiese alternar? ¡Y que una mujer de sus circunstancias hiciese lo que hacía para verse luego *postergá* por un hambrón sinvergüenza como el tal Rafael! ¡Y todo por algún pendón viejo que andaría *tirao!*

La Gabriela, mientras tanto, habíase instalado en el sofá de rico damasco encarnado, y abanicábase con gran pachorra. Fea, lo que se llama fea, no lo era. Un poco reseca y como consumida por la bilis que había ido acumulando, un si es ó no huesuda y un tanto amarilienta, eso sí, pero nada más. De lo



que podía tachársela indiscutiblemente sin pecar de injusto es de antipática. Lo era á carta cabal, con una saña envidiosa del bien ajeno que no siempre acertaba á disimular. Ahora mismo, y pese á su aire entre indiferente y conmiserativo, veíasele á la legua que las desgracias amorosas de su amiga le llenaban de secreto júbilo.

—Mujer, no te sofoques que no vale la pena. ¡Déjalo y ya verás qué pelo echa!

—¡Dejarlo! ¡ja! ¡ja!—rió nerviosamente la Nati. —¡Dejarlo que se vaya por ahí con esas pájaras! ¡Corriendito! *¡Pa* que ande *chuleándose* de mí mientras yo me estoy repudriendo y haciendo de prima!—Hizo una pausa; luego volvióse á su amiga y anunció justiciera:—¡Me parece que hay algunos moños de sobra esta noche por esas calles!

Estaba muy guapa así, exasperada por la indignación. Sus treinta y cinco años. que comenzaban á poner un leve matiz de cansancio en el bello rostro de Minerva clásica, y á apagar los fuegos de los ardientes topacios que tenía por ojos, desaparecían y semejaba más joven, más fuerte, más resuelta. Los cabellos rubios, en la agitación, se sublevaban, nimbando la bella cabeza de una melena casi trágica, y el cuerpo firme y elástico, tenía en los pliegues del mantón florido una movilidad juvenil, llena de encanto.

La Gabriela no pudo menos de confesarlo.

—¡Mira tú que estás guapa así!

Todo el valor de la vengadora cayó por tierra y triste gimió:

—*¡Pa* lo que me sirve!

Estaba parada ante el espejo y se examinaba á sí misma con una atención curiosa é imparcial. ¡Señor, qué tenía aquel golfo que echarle en cara! ¡Porque lo que es guapa, estábalo de veras! ¿Vieja? No. Aún tenía la frescura apetitosa de la juventud; tal vez un poco frondosa... pero aquello era un encanto más... ¿Las mujeres flacas? ¡Uf! ¡qué asco! ¡los huesos para el cocido!... y sobre todo, le quería; le quería sobre toda ponderación con un amor abnegado y tierno, pronto á todo sacrificio, ¡le quería con toda su alma! Sintió ganas de llorar, pero se contuvo. ¿Para qué? Para andar en lenguas y servir de comidilla á tantísimo envidioso.

Algo barruntó la harpía de lo que pasaba en el alma de su amiga y quiso remachar el clavo:

—¡Parece mentira, teniendo una mujer de tu valer en casa!...

Sintióse otra vez irritada. La tal Gabriela tenía el don de sacarle de quicio:

—Mira—conminó amenazadora—vamos allá y veremos quién se ríe más fuerte.

Y terciándose el mantón, echó delante.

.....

Mediada la calle de San Bernardino, la correveidile anunció:

—Por aquí era. Después, hipócritamente tornó á aconsejar á la ultrajada:—Mujer, despréciales.

La Nati rió con una risa nerviosa que sonaba á falso.

—No, si por mí ya están *despreciaos*.. ¿Que se gustan?... ¡pues con su pan se lo coman!

—Yo creo—insistió la taimada con la santa intención de que la otra se disparase—que lo mejor era dejarlos.

—¿Dejarlos? ¡miau! ¿dejarlos? *Amos*, tú estás mala de la *chola!* ¿Dejarlos? ¡Eso quisieran ellos *pa* reirse de mí!

—Si no lo quieres ya...

—¿Que no le quiero?... ¿Y á ti quién te ha *engañao*, criatura? ¡Lo quiero con *toa* mi alma! ¿Estás? ¡Le quiero más que mi vida, más que á la gloria, más...

Hablaba arrebatada, loca, poniendo una pasión desesperada en cada frase como si temiese que aquel amor pudiese escapársele para siempre.

—¡Si cuando yo digo!... ¡*Tantisma* pamema y estáis *chalaos*! Mañana tan amigos... y á otra.

—¡Pues claro que sí! Si yo le quiero y el me tiene ley. Pero el amor es así, necesita dolernos un poco *pa* estar seguros de que existe.

Llegaban ante una taberna á cuya puerta veíanse grupos de chulos. Nati tiró de la chaqueta al cochero:

—Cocherito, para.

Luego, llamando á uno de los que departían en el arroyo, interrogóle:

—Tú, Joselín, ¿has visto á Rafael por ahí?

El interpelado quiso ser discreto:

—Yo, no.

Leyóle en la cara que mentía.

—Vamos, hombre, no me engañes, que soy tu amiga... Está dentro, ¿verdad?

Vencido por la caricia de aquella voz mojada en llanto colaboró:

—Dentro está.

Descendieron de la manuela y penetraron en la tienda. Delante iba la Nati recibiendo con majestad de reina las pleitesías que depositaban á su paso como ofrenda á la belleza de las mujeres castizas; detrás la bruja, muy en su papel de amiga con vistas al celestineo.

No bien pisaron la tienda tropezaron sus ojos con las dos parejas que muy amarteladas madrigalizaban en un rincón.

Se habían sentado en el ángulo frente á una mesa en que el oro líquido de la manzanilla temblaba dentro de las copas de cristal, y departían amigablemente como si en su vida hubiesen hecho otra cosa.

Estrella y Pepita estaban encantadas. Habían olvidado la desagradable escena de la bronca y hasta la pérdida de sus amigos y se dejaban *camelar* por los guapos chicos con una complacencia, que entraba en los límites de esa cosa que los ingleses han bautizado con una palabra contundente: «schoking». Al principio la Castaños encontró á su pareja un poco sosa. ¿Aquello era un chulo? ¡Bah! ¡pues se les ocurrían cosas mejores á los chicos de sociedad! Pero según el *Peque* cobró confianza, las cosas variaron y un panorama de encantos imprevistos (entre los cuales los achuchones desempeñaban papel importantísimo) se abrió ante sus ojos. Claro que por mucho que dijese no llegaría á lo de Estrella. Lo de la Tárboles había sido *flechazo*. ¡Allí había que ver lo que era canela fina! El *Marcao* la daba *coba* por todo lo alto y ella estaba hecha un propio merengue.



La verdad es que la gustaba. Mientras con aquella labia que Dios le había dado iba desgranando en su oído una letanía amorosa. Estrella recreábase en ver sus imágenes chiquititas, chiquititas en el fondo de las negras pupilas del árabe. El, á su vez parecía entusiasmado con la conquista, é inclinado hacia ella hasta casi rozar con sus labios la oreja de la dama, decíale ternezas. La declaración despeñábase por los campos sentimentales é iba directamente al terreno peligroso. El galan interrogó:

—¿Me vas á querer, negra?

En aquel momento surgió ante ellos la cabeza de Medusa:

—Canalla! ¡golfo! ¡sinvergüenza! ¡charrán! ¡Y usted, *so* tía *pasmá*, que le voy á estropear esa cara de pintura descolorida que parece de una muñeca de cera, que la voy á hinchar la fisonomía *pa* que aprenda á no tocar lo ajeno contra la voluntad de su dueño!

El *Marcao* habíase puesto iracundo, de pie. Estrella, sorprendida permanecía á la expectativa. Pepita chillaba como si le desollasen. La Nati se encaró con ella.

—¡Ay *mare* mía, el chucho que se asusta¡ gua! ¡gua! ¡Calla, chucho, calla!

Ante la cara de horror de la Castaños, sonó una carcajada general. El chulo, furioso, se encaró con su querida:

— A ver si va á poder ser que no escandalices y te largues'

La ultrajada embraveciase aún:

—¡No me da la gana de irme, sin antes romperle algo á esa tía ladrona!

Alzó él la mano como si fuese á abofetear á la procaz. Ella encogióse y con una mirada en que había pasión y odio, celos y cariño, desafiole:

—¡Pégame! ¡Tú puedes, porque *pa* eso soy tuya, para que hagas de mí lo que quieras; pa que me pegues, pa que me crucifiques, pa que me mates!

Había puesto en sus palabras tal desesperación de amor, un tal renunciamiento de su orgullo en aras de su cariño, que un murmullo de simpatía alzóse en derredor de ellos. El mismo *Marcao* vaciló un segundo, pero

sus ojos tropezaron con las pupilas irónicas y desdeñosas de Estrella y sintióse cruel, canalla:

—¡A ver si *ahuecas!* Si te has creído que con tu dinero me compras, vas *apañá!* ¡Estás tú muy vieja *pa* comprarme á mí!

Nati doblóse, encogióse, próxima á desmayarse ante el atroz insulto. Pero sus ojos, que giraban azoradados creyeron leer una mueca burlona en los labios de su rival, y con la ira de una pantera herida, revolvióse furiosa y saltó sobre ella:

—¡Golfa! ¡perdida!

Capítulo IV

En que se habla del cautiverio de Andromeca de Perseo, del Dragón y de otras cosas dignas de ser tenidas en cuenta.

Como en la delegación aquella noche había un lleno que para sí quisieran los teatros en día de moda, y como con la Nati no era posible encerrar á nadie, pues, furiosa aún, hablaba de cometer todo género de desaguisados, metiéronles á los cuatro, Estrella y Pepita, el *Marcao* y el *Peque,* en un cuarto donde, por una delicada atención digna de encomio, se les había olvidado instalar luz.

Pepita lloraba desconsoladamente. Veíase ya deshonrada, pasto de la maledicencia pública, sacada á la vergüenza en los periódicos... ¿Y todo por qué? ¡Por una tontería de aquellos locos!

Estrella, más entera, y también (¿por qué no decirlo todo?) más hecha á encontrarse en situaciones anómalas, avizoraba las cosas con más serenidad y esperaba á verse á solas con sus compañeros para celebrar consulta.

En cuanto á los chulos, con caballerosidad propia de los héroes de la Tabla Redonda, lamentábanse de las molestias infringidas á aquellas damas por su causa y prometíanse indemnizarlas en la medida de sus fuerzas y en los terrenos de su jurisdicción.

La pelotera había concluído mal. La Nati, á fuerza de gritar y alborotar, consiguió atraer á los guardias, y luego, en vez de calmarse con su presencia y arreglar la pifia, con un tesón estúpido, digno de una trotacalles pesetera, habíase emperrado en hacerse detener, y lo había conseguido. Aunque grande era la buena voluntad de los representantes del orden y muy escasos sus deseos de molestarse en ir hasta la delegación por tan liviana causa como una riña de mujeres, tantas y tales cosas hizo la furiosa beldad, que no tuvieron más remedio que dar con todos en los negros calabozos. Gracias que á la puerta del chiscón estaba el coche de Nati, y esto ahorróles el bochorno de caminar á pie entre guardias.

Al fin dejáronles solos. Pepita gemía y lloraba. Estrella, sintiendo los nervios irritados por los plañidos de su amiga, interpelóle violentamente:

—¡A ver si te callas!—Luego, más práctica, comenzó á interrogar á su caballero: —Bueno, vamos á ver ahora con calma: ¿qué nos puede pasar?

Pareció meditar él. Luego formuló:

—Como pasar, pueden pasar muchas cosas: desde soltarnos dentro de diez minutos, hasta mandaros al Gobierno civil para filiaros allí.

La Castaños lanzó un gemido. Si hubiese habido luz, hubiérase visto una sonrisa ambigua temblar en los labios de Estrella. Como reinaban las tinieblas, sólo se oyó su voz que decía:

—¡Tendría gracia!...—Luego, tras un momento en que pareció recapitular, murmuró: —¡No hace falta! ¡Si yo pudiese hablar al delegado!

El *Marcao* afirmó:

—No es difícil: cuando sintamos á un guardia, se le llama, y, untándole la mano, le lleva un recadito al *delegao*... Luego, tú le das coba, y como no ha *pasao ná*...

Pepita chilló:

—¡Ay! ¡Ay!

La Tárboles encaróse con ella severamente:

—Mira, cállate de una vez.

—¡Un ratón!

—¡Mejor!

Como no había sino esperar á Perseo en forma de guardia de Orden público, Estrella reanudó su charla con el chulo:

—¡Chiquillo, qué nochecita!

—*¡Pa* mí como si estuviese en la gloria! ¡Estando á tu *vera!*

Siguieron hablando. Estrella sentía una turbación deliciosa, y, sin querer, prensábase contra su compañero. Las manos audaces del chulo le envolvían en una gama infinita de caricias, y en las tinieblas sentía el rostro muy cerca del suyo. Al fin, los brazos la estrecharon y los labios buscaron sus labios. Encontráronse y se fundieron en un beso largo, sostenido, inacabable.

.....

Sintieron los pasos de un guardián, y el *Marcao,* con los labios pegados á la puerta, sisisbeó:

—¡Guardia! ¡Guardia!

Descorriéronse los cerrojos y entró el guindilla:

—¡A ver si *sus* calláis!

El chulo aproximóse á él y comenzó á hablarle en voz baja. El hombre de orden denegaba primero; luego parecía dejarse convencer. Sonó un tintineo de plata, y luego la voz del dragón:

—Hablaré al señor delegado, y veremos si puede ser.

Cuando hubo salido el embaucador, explicó á su amiga:



—Ahora os llamarán; le engatusas un poco, le dices que tu amigo es esto y lo otro, y nos sueltan.

Volvía el embajador:

—A ver, que salgan estas jóvenes.

Pepita iba temblorosa. Estrella, más decidida, aunque tampoco las tenía todas consigo.

En el pasillo esperaba el delegado. Era un vejete alegre, pulcro y simpático. Tenía una gran calva, ojos grises, pícaros y reidores de fauno amable, y un bigote blanco que retorcía sin cesar. Al verlas tan guapas, tan apuestas, tan distinguidas, salió á su encuentro sonriendo amablemente:

—Vamos á ver qué les pasa á estas chicas bonitas.

Estrella comenzó á hablar impetuosamente. Habían salido á echar una cana al aire con unos amigos que se les extraviaron, y cuando estaban hablando con unos muchachos, había salido una harpía en forma de chula y había armado un zipizape de dos mil demonios. Ellas no tenían la culpa; eran unas señoras...

Su interlocutor interrumpió galante:

—Por lo lindas, lo menos princesas.

Sonriole Estrella, y luego insinuó:

—¡Si nos dejasen ir!...

La miró levemente burlón, y, quizás más por asustarla que por verdadera intención de hacerlo, insinuó:

—¿Sin un juicio de faltas siquiera?

La dama puso una cara de terror profundo:

—¡Por Dios, por Dios, señor delegado, que nos va usted á hacer un perjuicio muy grande! ¡Por lo que más quiera en el mundo!

¡Sea usted bueno y tendrá toda la vida una amiga en mí que no olvidará nunca, nunca, lo que haga!

Habíase vuelto insinuante, y con los ojos, con los labios, con las manos, pugnaba por convencerle.

A la postre dejóse vencer. Pasóle la mano por la cara, y pellizcándole la barbilla afectuosamente, ofreció entre rendido y paternal, con esa galantería levemente irónica que tienen los viejos para las chiquillas:

—¡Hala, hala, buenas piezas! Iros antes de que me arrepienta.

Pero la Tárboles no olvidó á sus amigos. Audaz, formuló:

—Es que yo quisiera que á los chicos que estaban con nosotras no les pasase nada.

—¡Miren la chavala cómo vela por el novio! Aunque no fuese más que por envidia, debía encerrarle en un calabozo por todo lo que le quedase de vida... Pero, en fin, no le pasará nada.

—¿Palabra?—insistió ella.

—¡Palabra de caballero! No habréis llegado á la calle, y ya están libres. Y ahora, andando, que tengo prisa.

Bajaron las escaleras brincando alegremente, y, ya en la calle, Estrella dió suelta á su júbilo:

—¡Vaya un delegado simpático! Mañana le envío una caja de pur.s.

Capítulo V.

En que se cuentan algunas nuevas y temerosas aventuras.

—Si yo te dijese una cosa, te ibas á indignar—anunció Estrella.

—¡Cualquier disparate!—y Pepita, contenta de haber escapado á tan poca costa, reíase.

—Pues que me he divertido.

—En el nombre del Padre...

El desvencijado simón que les conducía á casa de Julito, donde habían de recuperar sus trajes, llevábales bamboleándose por los altos de la calle de Velázquez. En el horizonte un línea de luz anunciaba la llegada de la aurora; los del gas comenzaban á apagar los faroles, y veíanse ya algunos obreros que se encaminaban al trabajo.

—Pues me he divertido—afirmó Estrella—, porque durante unas horas he vivido una vida de verdad; porque he conocido cosas (¡hemos estado hasta en la *Delega!*), que nunca soñé conocer; porque por primera vez he creído de verdad que soy guapa y porque he visto que sin necesidad de mi nombre, ni de mi dinero, puedo defenderme sola. He realizado mi mayor capricho...

—¡Conque el tal capricho no nos cueste un disgusto gordo! ¡Ni aun sabemos qué ha sido de nuestros amigos! Quizás fuese mejor, en lugar de venir á casa de éste, volvernos, á la nuestra.

—¡Claro! ¡Con estos trajes! ¡Y mañana le explicas á tu doncella por qué habiendo salido vestidas de *soirée*, volvemos de chulas!

—Yo, hasta que me vea en casa, no estoy tranquila. No sé...

¡Crac! Un crujido, una sacudida, el coche que se inclina y al fin queda ladeado. ¡Se había roto una rueda!

Amanecía. Una luz lívida invadía el cielo, que tomaba un tinte lechoso, sucio y triste. El coche derrengado aparecía lamentable, mientras el cochero, adormilado aún, balbuceaba juramentos y blasfemias. Estrella tomó rápidamente su partido:

—¡Hay que seguir á pie! Nos queda sólo media hora; pero estamos al lado de casa de Julito, y de allí á la nuestra no hay más que un paso.

Echaron á andar. De pronto, la Castaños apretóse contra su amiga, y llena de terror murmuró:

— Nos siguen!

¡Ya lo había ella notado! Desde que dejaron el coche, dos golfos venían tras de ellas, y lo que era peor, por momentos acortaban las distancias. Habíales examinado con el rabillo del ojo y había tenido tiempo de darse cuenta de lo muy sucios, destrozados y harapientos que iban. Como aunque eran unos chiquillos (contarían diez y seis ó diez y siete años) aparecían fuertes y resueltos y como el barrio no era muy concurrido, no resultaba el encuentro tranquilizador.

Miró la dama á todas partes. ¡Nada! Los serenos comenzaban á retirarse y los transeuntes no circulaban aún. A la derecha cerraban la calle las tapias de un convento; á la izquierda, un desmonte entre dos solares.

Las dos amigas apretaron el paso; sus seguidores las imitaron. Uno de ellos siseó:

—¡Spch! ¡Spch!

No sabían ya qué que hacer, cuando al volver una esquina diéronse de manos á boca con la pareja. Estrella encaróse con los guardias:

—Guardias, que ahí vienen dos golfos siguiéndonos desde hace un rato.

Luego, mientras los policías se entendían con los otros, dieron la vuelta al ángulo y echaron á correr.

. . . . . .

Estrella apretó el paso. ¡Al fin! Su casa. Era día claro. Multitud de obreros caminaban presurosos al trabajo con sus saquitos colgados al brazo y los rostros soñolientos ocultos en las grandes mantas. Por el arroyo pasaban los carros arrastrados por interminables recuas de mulas, y las burras de leche se anunciaban con su campanilleo. Abríanse algunos portales y ante las tiendas mujeres y chicas barrían y sacudían esteras.

¡Con tal de que su portero no se hubiese levantado todavía! Divisó el ancho portón cerrado aún, y quitósele un peso de encima. Nadie la vería, pues los criados, aprovechando el descuido de sus señores, eran poco madrugadores. Dió la vuelta á la reja y llegó á una puertecilla excusada del jardín. Abrióla con su llave, y cruzando rápidamente seguida de Wolf, su perro de pastor que las había conocido, penetró en la «serre», por allí en el vestíbulo, y subiendo de puntillas la gran escalera de tallado roble, penetró en su cuarto ¡Salvada!

Capítulo VI.

En que se hace como cumple un elogio de la virtud.

Después del baño, Estrella volvió á la cama y allí cómodamente arrellanada entre plumas, batistas y encajes, púsose á devorar el desayuno que en argentada bandeja habíale dejado su doncella.

Entró ésta.

—Señora, preguntan de parte del señorito de Calabres que cómo sigue la señora del enfriamiento.

La Tárboles sonrió involuntariamente y luego dió su respuesta:

—Que estoy mejor, que he dormido muy bien... ¡Ah! ¡Que muchísimas gracias y que venga el señorito luego á tomar el té!

Salió Nicolasa á cumplir su cometido y mientras su ama agazapóse en el lecho.

En la alcoba, toda blanca, rosa y oro, delicioso estuche de mujer bonita, reinaba, más que bienestar, *confort*, que viene á ser el superlativo del bienestar. El día se había aclarado y hacía un tiempo espléndido, de primavera. Al través del *stor* y cortinas de encaje entraba el sol tibio y alegre, y tras hacer brillar los objetos de *vermeil* del tocador y poner una sutil raya de polvo en la atmósfera, llegaba osado hasta el lecho y, como la ofrenda de un fanático en el altar de la diosa, depositaba un rayo sobre la rosada colcha de seda. Todos los muebles, los objetos todos, los detalles más insignificantes, decían riqueza, lujo, abundancia, buen gusto. Pieles blancas al lado de la cama y ante el amplio diván lleno de almohadones de seda; pantallas que tamizaran la luz al través de los suaves matices de las rosas; espesos cortinajes que impidiesen la entrada del frío; retratos familiares, y sobre el lecho un admirable Niño Jesús de Murillo risueño y mofletudo que inspiraba ideas de ternura.

Nicolasa volvió á entrar. Estrella interrogóla:

—¿Ha vuelto el señor?

—Ahora mismo entra.

— Dígale usted que venga en seguida, que estoy deseando verle.

Después estiróse voluptuosamente entre las ropas y murmuró convencida:

—¡Qué agradable es ser una mujer honrada!

Antonio de Hoyos y Vinent.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

Sombreros de paja

GONZÁLEZ RIVAS

CALLE DE PRECIADOS, NÚM. 25

ANGEL CRECENTE

Taller de reparaciones de máquinas de escribir y calcular.

Cañizares, núm. 2, entresuelo.

Garantizo todas las reparaciones.

Grabador de moda

Rótulos esmaltados y sellos de caucho, más barato y mejor que nadie

Calle de la Montera, número 38.

Cognac "FARO"

de la poderosa Sociedad

BODEGAS BILBAÍNAS

PEDIDLO EN TODAS PARTES

Trust Mecanográfico

HORTALEZA, 11 y 13

"ROYAL" la mejor máquina de escribir.

PAPEL DE FUMAR "BAMBÚ"

Farmacia de Ortega

León, 13. Teléfono 450

VINO DE PEPTONA

COMPRIMIDOS ALIMENTICIOS

Librería Hispano-Americana de la VIUDA DE GREGORIO PUEYO

Envío de libros, periódicos y revistas á provincias y extranjero. Precios económicos. Catálogo gratis.

Calle de la Abadía, núm. 19.-Apartado 322.-Madrid.

Ciencia, Belleza, Fortuna

Método nuevo, sencillo, maravilloso y práctico para hacerse amar, vencer la timidez, desarrollar la voluntad, hacerse simpático, mejorar la memoria, alcanzar éxito en los negocios y triunfar siempre en todo; en suma, para ser feliz.

Precio: TRES pesetas, franco de porte

PARA PEDIDOS, DIRIGIRSE Á

M. DIEZ

CALLE DE LA VICTORIA, 6.